CONMEMORACIÓN DE LOS FIELES DIFUNTOS
2 de noviembre de 1997

El recuerdo de los difuntos. El recuerdo de los difuntos constituye un elemento incorporado a las culturas de todos los pueblos. Subyace en él una concepción de la vida que vence a la muerte. Algo muy de adentro parece sugerir al hombre, a todo hombre, que la vida es para siempre y que la muerte cierra una etapa, la más difícil y tenebrosa. Aunque la iniciación de la vida no depende de la voluntad de quien la recibe como don, no podemos decir lo mismo del proceso de su desarrollo. La vida ya iniciada está vinculada a una libertad que la acoge y la agradece. Fue dada desde otra libertad, soberana, que tiene toda la iniciativa y la gratuidad; que ama antrañablemente al ser que puso en la existencia. Por eso los muertos son parte de un culto que vincula a Dios. Las Iglesias se colman de suplicantes y memoriosos. En Dios los que viven encuentran a sus muertos. Saben que no es dado a los hombres encontrarlos de otra manera. No es cuestión de comunicarse con ellos sino de saberlos vivos, verdaderamente vivos.

Fe en la Vida. Los cristianos poseemos una fe en la Vida, que *ha vencido a la muerte y al pecado*. Es la fe pascual. Cristo ha descendido *al lugar de los muertos* para

liberarlos y reconducirlos a la Vida. No es una teoría, responde a los interrogantes más hondos y satisface a las más grandes expectativas existenciales. Fe cristiana, que adhiere a la persona y a la enseñanza de Cristo, imposible de mezclar con la fantasía mitológica que los hombres se crean para un consuelo fácil e insustancial. Hoy es día de sufragio. La Iglesia peregrina recurre a su carácter de Esposa de Cristo para unirse a su necesaria mediación de Salvador. Ora por los fieles difuntos. Por quienes, partícipes de la muerte de Cristo por la caridad, necesitan purificación para el gozo pleno de la Vida. Las ofrendas florales que invaden nuestros cementerios cristianos son signos de la oración piadosa e intercesora, no un simple homenaje convencional. Cuánto amor encubren nuestras flores, cuántos deseos de *vida para siempre* en obsequio de nuestros seres amados!

El misterio de la muerte. Se ha producido una distorsión en la interpretación del acontecimiento muerte proveniente del pecado. El cierre de las fronteras de la vida, como don definitivo de Dios, ha borrado del panorama de los hombres la dimensión trascendente. El incrédulo proclama: *No hay vida eterna*! El Credo de la Iglesia recita: "*Creo en la resurrección de los muertos y en la Vida eterna*!" En el lenguaje común se ha introducido el nihilismo de los incrédulos. Con frecuencia leemos en las notas necrológicas una afirmación estremecedora: *dejó de existir*. La muerte constituye el término de la etapa temporal, lamentablemente traumática por causa de la visión

intranscendente de la vida, sugerida por la reinante y práctica incredulidad. Por qué acudimos a Dios? Por qué dedicamos jornadas como ésta a la oración por nuestros difuntos? Porque somos creyentes y, firmemente alentados por el Misterio de Cristo muerto y resucitado, creemos en la Vida eterna y la deseamos para nuestros seres queridos.

Palabra divina. Tal convicción no nos exime del sufrimiento de las temporales separaciones. La muerte aparece como ruptura definitiva aunque, por la fe, sepamos que es un - *hasta luego* -. Padecemos lo que nuestros sentidos nos dictan y creemos a Dios que, sin negar el valor de los sentidos que Él nos ha regalado, nos ofrece la capacidad de trascenderlos, guiados por la seguridad de su palabra. San Pablo nos ilustra a la luz de esa palabra divina: "*Nosotros sabemos, en efecto, que si esta tienda de campaña - nuestra morada terrenal - es destruida, tenemos una casa permanente en el cielo, no construida por el hombre, sino por Dios. Por eso, ahora gemimos deseando ardientemente revestirnos de aquella morada celestial; porque una vez que nos hayamos revestido en ella, ya no nos encontraremos desnudos. Mientras estamos en esta tienda de campaña, gemimos angustiosamente, porque no queremos ser desvestidos, sino revestirnos, a fin de que lo que es mortal sea absorbido por la vida*."[1]

[1]2 Corintios 5, 1-5

La esperanza cristiana. Cristo nos antecede, por su paso por la muerte y su arribo en la Resurrección, y María es la primera participante del Misterio cumplido de su Hijo divino. Está bien que recordemos a nuestros difuntos, a la manera cristiana, en la oración y en la convicción profunda de que *la Vida ha vencido a la muerte*. La esperanza ha desplazado todo sentimiento de desesperación. Sabemos que se cumplirá lo que la fe nos anuncia: "*lo que es mortal será absorbido por la vida*".